

Escenas parlamentarias

El espectáculo Fraga

Hay que reconocer que las pocas veces que estas Cortes han ofrecido un gran espectáculo parlamentario ha sido gracias a don Manuel Fraga. De vez en cuando, Fraga desata el Iguazú de su oratoria y nos inunda de sentido común, de sentido del Estado, de sentido de justicia, de sentido del humor y de sentido... contrario. Pero ya llegaremos a eso.

La sesión de ayer se podría resumir en un largo y prolongado bostezo, continuación del aburrimiento que trajo el final de la sesión anterior con el discurso programático fluvial, casi amazónico, mercurio, granítico, fatigante, extenuante, teóricico, vagoroso y somnifero de don Felipe González. Vamos, con el rollo filipeo, que diría un castizo de la base. O con el discursivismo infinito, que diría don Francisco de Quevedo. Como me amenacen de nuevo con tener que escuchar las dos interminables oraciones: la del señor presidente y la del señor candidato a presidente, pensaré seriamente en la dimisión de este cargo y hasta en el alejamiento de este oficio. O me llevaré a la tribuna de Prensa del Congreso la «Historia de Roma», de don Teodoro Mommsen. Un par de dosis de oratoria como ésta acaban no ya conmigo, débil lector y frágil oyente, sino con el mismísimo don Marcelino Menéndez y Pelayo. Otro discurso como estos y me rindo: prefiero votarlos, pero sin oírlos.

Menos mal que en cualquier desierto se puede encontrar un oasis. Y eso, un oasis en medio del desierto, fue la intervención del señor Roca Junyent. No es que se me haya levantado nacionalista y autonómica la sangre catalana que me corre por las venas, pero se me ha ocurrido pensar en lo mucho que esta transición, más o menos pacífica, hacia la democracia tiene que agradecer a los políticos catalanes. Los políticos catalanes de esta hora, desde Tarradellas, el honorable, a Solé Tura, el comunista, desde Pujol, el banquero, a Heribert Barrera, el republicano, y desde Oblols, el socialista, a Pi Sunyer, ese amabilísimo señor que cayó como un paracaidista misacantano en medio del planeta de los simios, y sufrió un amago de «shock» del futuro, todos o casi todos los políticos catalanes de esta hora se han empeñado en enseñarnos el camino de la moderación, de la sensatez, del diálogo sin pretensiones magistrales y sin indigencias de pensamiento, y hasta de las buenas formas y el decoro del estilo. Recuerdo que una vez, mientras se discutía la Constitución, el señor Barrera habló en catalán, y me pareció que, incluso a los que no lo entendían, aquello les sonaba a bien pensar y a gozo literario. El señor Roca Junyent es un polemista duro y un orador enjuto y sin floreos. Pero da gusto oírle, seguramente porque siempre dice cosas, unas veces importantes, otras veces atinadas, y siempre provechosas. Y anoche dijo varias de ellas, tanto al Gobierno de UCD como al PSOE de la oposición. Dijo unas cuantas verdades —o quizás dijo «sus» verdades— sin concesiones, pero las dijo con sinceridad, con honestidad, con claridad y con educación. Resulta un individuo de rara especie entre la diversa fauna parlamentaria. Quizás no llegue a ruiseñor, pero entre los trinos habituales aparecía como un ave del paraíso.

Y después habló el señor Fraga. Casi todo el interés del debate y de la votación de la moción de censura se centraba ya en la actitud y en el voto del señor Fraga y de su grupo de Coalición Democrática. Ya se sabía que los comunistas iban a votar con los so-

cialistas, quizás porque ni don Felipe ni don Santiago se atreven a romper con la sombra y el recuerdo del Frente Popular, y ya se sabía que los demás iban a abstenerse, porque quizás, puestos en el trance de elegir entre ucedistas y socialistas, optaban por la vía de en medio. El voto de censura se planteaba como una actitud moral, y los moralistas ya se sabe lo que aconsejan: en la duda, abstente. Restaba la incógnita de Fraga. ¿Qué hará Fraga? Se podía adivinar que no iba a votar a favor de la moción socialista. Pero, ¿repetiría el voto a favor de Suárez, aquel que ofreció al presidente del Gobierno la mayoría parlamentaria necesaria para ganar la investidura? ¿O le dejaría solo, solo con su propio partido, solo en minoría y solo ante el peligro?

Fraga participó su propósito de abstenerse. No votaría a favor de don Felipe, pero tampoco acompañaría en el voto en contra a los diputados de UCD. La explicación de esa decisión fue la ocasión para el gran espectáculo parlamentario. Habló a la velocidad de siempre y comiéndose los finales de frase, porque ya se sabe que Fraga se come los finales de frase con el mismo apetito con que engulle la empanada de lamprea, pero se le entendió mejor que otras veces, tal vez porque sus argumentos eran claros como el agua clara, tan convincentes que no necesitaban de demasiada exposición, y escuetos y concisos, seguramente porque estaba diciendo lo mismo que pensaban muchos españoles y no necesitaban de mayor explicación ni reiteración. Para lo que decía el señor Fraga, sospeché que muchos españoles iban a resultar muy buenos entendedores. Como me han muchas veces la televisión en el Congreso, los votos del señor Fraga se van a multiplicar casi milagrosamente, casi como los panes y los peces. Es curioso. Fraga fue el orador que mejor interpretó el ya largo enfado de este pueblo medio desencantado y medio desmoralizado de los políticos de la democracia, y peligrosamente de la democracia también. Y, sin embargo, supo administrar a uno y a otro, a don Adolfo y a don Felipe, las críticas más serias entre acusaciones dolorosas y bromas refrescantes. Su discurso fue un alivio de oyentes y una confortación de caminantes.

El señor Abril Martorell tiene mala suerte en el Congreso. Ayer también habló. El señor Abril Martorell es un conmovedor caso de tenacidad para el aprendizaje. Resulta más digno de admiración que Demóstenes, que se pasaba las horas frente al mar para conseguir que su voz dominara el rumor del oleaje. Hasta que lo consiguió. Bueno, pues don Fernando Abril estuvo ayer menos caótico que de costumbre. Pero no logró abandonar el tonillo de lección rural, agrícola y machacona; ni alcanzó a salirse de los jardines donde frecuentemente se enreda y pierde su rústica academia oratoria; ni consiguió liberarse del hábito repetitivo. Don Fernando Abril piensa tan lentamente que tiene que repetir lo que se le ocurre varias veces para dar tiempo a que se le ocurra otra cosa. Tuvo la mala suerte de hablar después de Fraga. Y tampoco pudo pasar el examen. Los señores diputados que se habían reído con lo que decía el señor Fraga, se reían ahora de lo que decía el señor Abril. En su discurso del día anterior, don Alfonso Guerra («la declaración de Guerra», lo llamó Fraga) dijo que esta democracia ya no aguanta más a Suárez. Mire usted, don Alfonso, ya lo ve: esta democracia aguanta lo que le echen.—Jaime CAMPANY.